



BUCAREST

Polvo y sangre

_ Margo Rejmer



La Caja
Books

BUCAREST

Polvo y sangre

– Margo Rejmer

Traducción de Ernesto Rubio
y Agata Orzeszek



La Caja **CAJA**
Books — **ALTA**

Bucarest. Polvo y sangre

Primera edición: abril de 2019

- © Wydawnictwo Czarne, Polonia, 2013.
«Bukareszt. Kurz i krew»
- © del texto: Margo Rejmer
- © de la traducción: Ernesto Rubio y Agata Orzeszek
- © de esta edición: La Caja Books

Coordinación editorial: Paco Cerdà
Diseño de la colección: Setanta
Corrección: Leticia Oyola
Maquetación: Esperança Martínez

© La Caja Books
www.lacajabooks.com
info@lacajabooks.com

ISBN: 978-84-17496-23-4
Depósito Legal: V-1053-2019

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o electrónico, sin autorización por escrito del editor.



Este libro ha sido publicado con el apoyo
del Programa de Traducción Polaco
[© Poland Translation Program].

ÍNDICE

p. 7	Polvo y sangre
p. 15	COMUNISMO. Oro y barro
p. 17	Un cuento de hadas rumano
p. 23	Silenciosa es la noche
p. 35	Hacha y progreso
p. 38	Una gota y el mar
p. 46	Oro y barro
p. 56	Balada sobre los que amaban al maestro
p. 61	El panteón del dios rumano
p. 77	Cunas y ataúdes
p. 93	El fin de la infancia en Rumanía
p. 99	<i>¿Revolución?</i> Drama en cinco actos
p. 110	Veinticuatro años después
p. 119	ENTREGUERRAS. Ojo y filo
p. 121	Instantánea 1
p. 124	Instantánea 2
p. 141	CONTEMPORANEIDAD. Oriental y demencial
p. 143	<i>La ovejita</i>
p. 150	El rumano dacio
p. 155	Ventanas ciegas
p. 161	La ciudad de los perros
p. 171	Bucarest se atraganta
p. 179	<i>Inferno</i>
p. 184	Algo oriental, algo demencial
p. 191	El arte sale de la basura
p. 200	Moriré como una piedra
p. 214	Santos sobre el hielo
p. 219	El fin del mundo más divertido
p. 223	En todas partes y hacia ninguna
p. 230	El mal de ojo está echado
p. 236	Los ataúdes de la calle Lizenau
p. 240	Dulce y amargo
p. 243	Agradecimientos

Polvo y sangre

Hacía un calor infernal cuando llegué aquí por primera vez. La ciudad, reseca como un palo, cubierta de páramos de hierba amarillenta y tierra gris cuarteada por la sequedad, surcada por pasillos de cemento color ceniza, succionaba cualquier rastro de saliva y de sudor. Me encontraba en la plaza de San Jorge, el mismo lugar que más tarde, en mi propio mapa privado, se convertiría en el corazón de Bucarest, y observaba las sucesivas vértebras de los bulevares Magheru y Bălcescu, la espina dorsal de la ciudad. No entendía nada. Una sucesión de destartalados edificios, como una mandíbula de dientes arrancados y partidos con un hilo dental de cables resplandecientes al sol que iban envolviendo las calles como si fueran una telaraña o una cinta. Los edificios parecían estar mudando la piel, como si toda la ciudad se desconchara y se transformara, y tan solo aquí y allá, desde debajo de las viejas escamas, asomara algo reciente y liso.

No me gusta demasiado lo nuevo, prefiero las viejas capas que conforman Bucarest y ese desenfreno rumano que ha sabido burlar el sistema desde siempre. En aquel verano de 2009 los autobu-

ses acababan llevándome una y otra vez a los confines de la ciudad, porque en las paradas no hay ninguna información ni rutas ni horarios. Voy conociendo las afueras, donde todo resulta provisional y harapiento. Me siento en el bordillo y me pongo a pensar si alguna vez llegaré a comprender este caos, esta estructura desordenada que me expulsa a la periferia. Al fin y al cabo, deben existir unas reglas del juego que yo desconozco. Percibo la inmensidad de la ciudad, su esplendor decadente, su solapada locura.

Para mí Bucarest es visceral, instintiva e ilógica. Como agua hirviendo arremolinada en un torbellino, alborotada y turbia. A través de sus arterias principales fluye un torrente de coches; a pocos pasos, en los callejones, duermen las viejas villas de jardines muertos donde el silencio se hace piedra. Atributos de la ciudad: marañas de cables negros en los postes como nidos de pájaro abandonados, una atmósfera de tierra removida y desastre junto a escaparates en fiesta y el penetrante olor de los tilos y las uvas aplastadas. La elegancia de la arquitectura de un mundo inmemorial. El traqueteo de los desvencijados tranvías, los cláxones de los enfurecidos taxis un segundo antes del impacto. El canto de los niños y las ancianas gitanas vagando entre las innumerables floristerías regentadas por las madres de esos niños, las hijas de esas ancianas. Y por todas partes los perros, como bultos negros y grises abandonados por alguien que tenía mucha prisa. Percibo Bucarest con una parte subconsciente de mi naturaleza, pero quiero más, quiero llegar a entenderla.

Así que vuelvo. Durante dos años mi vida consiste en volver a Bucarest. La estación Gara de Nord o el aeropuerto de Otopeni. A veces la alegría al ver todo lo que me resulta tan familiar como si fuese mío, a veces la indolencia, a veces la sensación de absurdo. Trenes funerarios, autobuses desvencijados, aviones indiferentes. Un sol rojo y redondo como el orificio de entrada de una bala. La tierra vacía y plana. El recuerdo de las montañas. El aire rígido

de las heladas. Los taxis surcando la ciudad de noche, cuando los perros se lanzan bajo las ruedas, locos de desesperación y rabia. Hago siempre la misma ruta, sé lo que veré por el camino: supermercados diseminados, bancos herrumbrosos en las paradas, una casita vieja con un banquito. Miseria y esplendor de la periferia. La fuente Miorița, o sea, la Ovejita, llamada así en honor de la célebrima balada rumana, alabanza de la muerte humilde. El Arco del Triunfo, símbolo de los difíciles y orgullosos años treinta. En Piața Victoriei el taxi gira por el bulevar Ștefan cel Mare, Bucarest se torna más laberíntica y cruel, y la degeneración de la arquitectura de los delirios de Ceaușescu impresiona.

Luego el taxi se interna por uno de los callejones laterales de Piața Muncii y todo se vuelve más pequeño. Fin de trayecto. Enfilo la cuasi calle que ni siquiera aparece en los mapas de Google, pese a estar en pleno centro de la ciudad. Piso la tierra batida, lo que queda de una acera que recuerda a huesos esparcidos por una era. A mi alrededor, vallas de madera cubiertas de parras, y sobre las vallas, gatos. Entro en una pequeña casa donde tengo una habitación en la buhardilla, toda revestida de madera, una habitación a la que siempre puedo volver. Eso es lo que dice Cosmin, el propietario de la casa, que lleva muchos años estudiando psicología y que nunca tiene prisa.

En la historia de mis peregrinaciones a Bucarest no siempre tengo tanta suerte como con Cosmin, que aloja bajo su techo a todo tipo de vagabundos, náufragos y artistas de la vida, y a quien nada sorprende. Cuando llego por primera vez para anidar aquí, arrastro un maletón rojo lleno de ropa, montones de apuntes con palabras en rumano como «juncal» o «rendija» y accesorios para organizar la normalidad. Con aquel maletón a duras penas alcanzo la calle Transilvaniei y llego a una desmoronada villa del color de las petequias que se supone que durante un mes y medio será mi agradable morada. Baluceo en rumano que me alegro mucho, pero Patricia,

la muchacha que se ocupa de la casa, me redirige al inglés y, con un aire de cierto nerviosismo cuya razón pronto conoceré, me conduce a una escalera del tamaño de un intestino por donde apenas pasa mi maleta. Voy dando vueltas por la estrecha escalera de caracol... y ya estoy.

La habitación de dieciséis metros del anuncio se ha encogido a cuatro metros cuadrados; mide de largo como la cama y de ancho como la cama, las mesillas y un pequeño escritorio. El cuarto no tiene ventana, solo un tragaluz, y todos los enseres están viejos y muertos, o podridos y estropeados.

Me dirijo a Patricia con expresiones como «¡Eh!», «¿Cómo es esto?», «¡No puede ser!», pero Patricia sostiene que todo está en orden.

–Por este precio –declara con distinguido acento británico– seguro que no encontrarás nada mejor.

Un mes y medio de celda en una cárcel moldava me iba a costar trescientos euros.

–Pero –suaviza el tono Patricia– puedes usar el cuarto de baño y la cocina, que son normales.

Paseo la mirada por la casa: es vieja, está llena de recovecos y vacía, como si la alquilaran muchas personas muertas.

Cierro tras de mí la herrumbrosa verja y me quedo parada en medio de la acera. Realmente estoy aquí, en Bucarest. Me interno por los meandros de los estrechos callejones, ni siquiera sé con qué rumbo. Estamos a finales de octubre, pero la temperatura alcanza los treinta grados y las parras en las vallas y cercas todavía no han empezado a teñirse de rojo.

Me siento en un bar, pido una cerveza *Silva brună*, fuerte y dulzona, y envío unos cuantos correos desamparados. Enseguida alguien contesta que alguien conoce a alguien que de buena gana echará una mano, y así es como recaló en un piso en el barrio de Drumul Taberei. Todo me gusta, tendré una habitación cómoda

llena de libros y un montón de objetos de lujo, como una lámpara y un espejo, será agradable vivir aquí. También tengo coinquilinos: ella, Oana, vende pollo frito, es bajita y tiene la voz aguda; él, Mihai, es un segurata con el pelo cortado al cepillo y da la impresión de que los estímulos los recibe a ritmo lento.

–Es una escritora –dice Oana a una vecina plantada en la puerta–. De Polonia. No entiende nada de rumano.

–¿Nada? –pregunta la vecina.

–Nada –responde Oana–. Nada de nada.

Después, en mi blanca sábana encuentro un largo cabello negro de Oana que ocupa toda la cama. Empiezo a buscar un nuevo sitio y recalco en la otra punta de Bucarest, en Piața Muncii, donde alquilo una habitación en el piso de Tomek, en la octava planta. Cuando miro por la ventana, veo grandes villas de los años treinta que no han envejecido en absoluto y paredes grises de los bloques de finales de los ochenta que parecen a punto de desmoronarse.

Pero mi última parada estará al otro lado de la calle, en casa de Cosmin, allí donde la ciudad se funde con la aldea, donde tras las hileras de bloques se extienden pequeñas casitas y ampliaciones. Toda Bucarest es así. Piața Unirii: Asia rugiendo rabiosamente, Calea Victoriei: un París *chic* en medio del lodo. Sin embargo, basta con internarse un poco en las calles laterales para descubrir el campo: mujeres con pañuelo y niños gitanos deambulando, perros vagando por los patios de una iglesia ortodoxa, gallinas picoteando en la arena. La ciudad se rinde a la periferia, se inclinan en humildes reverencias las cabezas de los rascacielos.

No queda nada que dé testimonio del pequeño asentamiento valaquiano de hace seiscientos años que terminaría convirtiéndose en la capital de Rumanía. Al parecer, en el siglo XV, residió aquí Vlad el Empalador, el famoso príncipe de Valaquia a quien todo el mundo acusa de vampirismo, pero que simplemente gustaba de

mirar cómo ardía el mundo. Cómo morían centenares de personas al mismo tiempo, muy lentamente. Bastaba con empalarlas. Y con formar luego un bosque con todos aquellos palos. Es posible convertirse en demonio y construirse un infierno propio.

Los turcos, que se hicieron con el poder en Moldavia y Valaquia, dejaron las cosas claras: no habría murallas ni fortalezas, Bucarest tenía vetado defenderse. De forma que la ciudad se extendió como quisieron sus habitantes, sin principio ni fin. El espacio no estaba sujeto a ninguna restricción, todo el mundo podía tener un huerto, y en él, gallinas y vacas. Era difícil afirmar si Bucarest era una ciudad pequeña o una aldea inmensa.

Los rumanos no sentían apego por su pasado, derruían sin remordimiento antiguos palacios, iglesias ortodoxas, casas y posadas. En los bosques y las infinitas extensiones de Valaquia no había piedra, así que las casas se construían de madera, y la madera ardía fácilmente. Cada medio siglo, Bucarest era pasto de las llamas y renacía de sus cenizas, distinta cada vez.

El peligro y lo provisional están inscritos en la vida de esta ciudad. Cada pocas décadas, un terremoto despeja el terreno de edificaciones frágiles y personas sin suerte. Pero el polvo y la sangre se pueden lavar, la mugre puede rascarse, es posible añadir una nueva capa, una nueva máscara, disfrazarse, pedir prestado, adueñarse de identidades. En la antigua Bucarest se mezclan influencias rumanas, judías, armenias y turcas. Desde el siglo XVII, los príncipes valaquianos apenas tienen autonomía para gobernar, los sultanes turcos los atan corto y, después, cuando intentan conseguir mayores cotas de libertad, los obedientes fanariotas, gobernadores griegos de los sultanes, se hacen con el poder en los principados de Moldavia y Valaquia.

Cuando en el siglo XIX Turquía pierde importancia, Bucarest abandona los turbantes y las amplias vestimentas para ponerse miriñaques y levitas a la manera de las revistas de moda parisien-

ses. No en vano, constatan los rumanos, somos descendientes del emperador Trajano y de los legionarios romanos, somos una isla latina en medio de un mar eslavo. A los rumanos les gustaría que se acordara de ellos su antiguo padre romano y que los acogiera bajo su ala protectora la indiferente madre Francia. Cuando Moldavia y Valaquia finalmente se unifican, los boyardos rumanos empiezan a buscar un soberano idóneo. Concluyen que un alemán vendrá que ni pintado y le hacen a Carlos Hohenzollern una oferta que no podrá rechazar. En el nuevo Estado, que han bautizado como Rumanía, Carlos I introduce el estilo de vida prusiano, y la enorme aldea de Bucarest se transforma en un pequeño París.

Después estalla la Primera Guerra Mundial, que deja en el mapa la orgullosa Gran Rumanía: una bomba de efecto retardado llena de minorías nacionales. Y después estalla la Segunda Gran Guerra y Rumanía se retuerce como un pez en la red: un pequeño país atezado que intenta ganar algo a toda costa: primero asesina junto a Hitler, al que luego traicionará por la Unión Soviética. Finalmente, la Bucarest comunista se rinde ante Nicolae Ceaușescu, un zapatero de Oltenia. Bajo la atenta mirada del Padre de la Nación, el nuevo hombre rumano construye su nueva capital, que se pone el traje de hormigón del Asia comunista. Bucarest cambia su efigie y toda Rumanía cambia.

Salgo de casa de Cosmin, por angostos callejones atravieso un pedazo de aldea y me sumerjo en el bullicio de la ciudad. Ante mis ojos se extiende el bulevar Decebal, con altos edificios de estilo barroco oriental al gusto de Ceaușescu, con neones parpadeantes y un ostentoso lujo barato de cafés y restaurantes. En algún lugar entre los revestimientos de madera y de tela y las cintas que cuelgan del techo suele atrincherarse el propietario del establecimiento, con bigote grisáceo, cara gris y jersey turco de color ceniza estampado en negro. Nada es como debería, piensa el hom-

bre rumano, y por eso el café cuesta aquí veinte lei, y la comida que sabe a papel y a algas solo se la puede permitir un puñado de mafiosos y de hombres de negocios. Los establecimientos no llevan nombre rumano y fingen ser un sedoso tejido trasplantado desde Las Vegas en un cuerpo de Bucarest herido, lleno de abscesos y forúnculos. El tejido finge ser seda, porque los rumanos desde tiempos inmemoriales adoran el lujo y sus apariencias. Todo lo que quiere gustar tiene categoría de *select y de lux*, aunque los farolillos, las lámparas de araña de plástico y los cubiertos de aluminio delatan que estamos ante una imitación de la riqueza, ante una miseria endomingada.

En la calle, la realidad regresa a los tambaleantes raíles. Vagan los perros, los ancianos hastiados se reúnen ante la panadería. A lo largo del bordillo se extiende una inmóvil hilera de taxis amarillos cubiertos por un manto de polvo. A diario, mientras me dirijo a la tienda o a la parada, paso al lado de una cruz que emerge de la tierra. Parece centenaria, y eso que la plantaron hace veinticuatro años, justo después de la revolución. Mataron a alguien aquí, en mitad de la calle. Tal vez le disparó un soldado. O tal vez un rumano común y corriente. A lo mejor fue víctima de una bala perdida, o quizá alguien apuntó con sumo cuidado a su corazón y solo después apretó el gatillo.

COMUNISMO

Oro y barro

Un cuento de hadas rumano

A fost odată ca niciodată, así empiezan los cuentos de hadas rumanos. Érase una vez algo como nunca había sido.

Érase un país cubierto de hierba amarillenta, de amapolas color sangre y girasoles cansados cuyas ennegrecidas cabezas quemadas por el sol se inclinaban hacia el suelo. En el país del vacío la miseria era la más dichosa. Sucedió que los niños venían al mundo demasiado frágiles para soportar el peso de la vida y antes de que tomaran aliento se los llevaba la muerte. En ningún otro lugar se moría tan fácilmente.

Y, sin embargo, para llevarle la contraria a la muerte, o tal vez para complacerla, mujeres menudas parían cada año igual que árboles frutales. Sus vientres se hinchaban de pujante vida y adoptaban forma de sandía. Sus manos eran ásperas como la corteza de árbol y duras como las piedras de los caminos en los campos.

Respondían al silencio de los pastos el bullicio de las aldeas, el tañido de las campanas y el balido de las ovejas. En pequeñas casas blancas vivían personas de rostro oscurecido por el sol. Ante los zaguanes de madera agrisada se balanceaban esbeltas ocas blancas. Entre ellas jugaban los niños.

Y entre ellos vagaba un niño que en nada difería de los demás niños. Tal vez fuese un poco más obstinado. Un poco más callado.